

No traía el rey de Navarra sino una sola hueste compuesta de alguna gente de su reino, de los tercios de Soria, Segovia y Ávila, y de los cruzados de León y Portugal; pero no estaba menos acompañado de caballeros tan bravos como ilustres. Don Almoravid, D. Pedro Martínez de Lete, D. Pedro y D. Gómez García, que constituían su séquito, eran varones tan conocidos por su valor como por el brillo de su cuna, y todos supieron dejar en este combate buena memoria de su esfuerzo.

Mas no era bajo este punto de vista menos respetable el ejército de los árabes, en que figuraban aún algunos de aquellos esclarecidos walfes que habían medido toda el África con su espada, y le habían impuesto sus creencias religiosas. Mohamed había también dispuesto su ejército al rayar el día, y era cosa de espantar ver tendida en la llanura su inmensa muchedumbre

de Puigverd, Pero de Pernes, etc. Iban todos estos ordenados en compañías bajo el estandarte de Aragón, y recibían del rey los víveres necesarios para ellos y para sus caballos. Los hubo que asistieron á la batalla á sus propias costas, suministrando además lo necesario á los que les acompañaban; y estos fueron el vizconde de Cardona, Guillem Folch, el vizconde de Cabrera, D. Pons, Guillem de Urso, Pons de Santa Paz, Bernardo de Enveig, Gisbert de Castellet, el vizconde de Bas, D. Hugo Remón de Cervera, Bernardo Guillem Saportella, Remón de Monells, Bernardo de Malla, Bernardo de Centelles, Pero de Sent Menat, Pero de Montboy, el senescal Pers de Moncada, Guillem de Cervellón, Remón Alemán, Pero de Belloch, Galcerán de Papiol, Bernardo de Tous, Remón Galcerán de Pinos, Hugo de Mataplana, Galcerán de Angresola, Ponce Cagardía, Marc de Villa de Many, Remón de Manlea, Dalmau de Mediona, Pero de Tagamanent, Galcerán de Castelvín, Arnald de Rajadell. Todos estos caballeros, según se habrá observado, eran de lo que es hoy provincia de Cataluña. Algunos muy principales asistieron también de lo que es hoy Aragón, pero en mucho menor número por no ser el rey muy bien quisto de la nobleza, que creía quebrantados por él sus fueros. Asistieron Don García Romeu, D. Lopez de Luna, D. Blasco de Alagón, D. Miguel de Luzia, Don Fernando de Luna, D. Eximen Dezlor, D. Eximen Cornel, D. Isuar Pardo y D. Ferrando de Martorens. Iban, por fin, con el rey de Aragón el conde de Foix, el señor de Mira Poix, el señor de Montesquiu, Beltrán de So, vizconde de Onsa, y otros nobles del condado de Foix en número de más de quinientos: iban Raimundo de Rocaverti, arzobispo de Tarragona, D. García, obispo de Zaragoza, y D. Berenguer de Palavicin, obispo de Barcelona; iban muchísimos abades y dignidades inferiores así de Aragón como de Cataluña. El número de tropas que cada uno de todos estos llevaba no se sabe á punto fijo, solo sí que los tres referidos prelados llevaban consigo cuarenta caballos y mil infantes, armados y alimentados á sus costas, y los veinte y ocho caballeros que acompañaron cada uno de por sí al rey diez mil infantes y dos mil y quinientos caballos. El total del ejército aragonés se hace ascender á veinte mil hombres de á pié y cuatro mil jinetes.

de soldados. Los motawatynes, puestos de frente contra los cristianos en número de ciento sesenta mil, formaban la vanguardia; los almohades y los árabes de España la retaguardia; trescientos mil advenedizos, recogidos en todos los ámbitos del Imperio, el ala derecha y la izquierda. Los reales del emir, sentados en una cumbre, estaban además circuidos de tropas de todas armas. Al rededor de una estacada que formaban muchos lanzones clavados en tierra por el hierro, había cuarenta mil negros armados de lanzas y broqueles; dentro, muchos piqueros y ballesteros; á la espalda más de trescientos camellos unidos con gruesas cadenas de hierro.

Mohamed, no satisfecho aún con escudarse tras las cerradas columnas de su ejército, había hecho construir para mayor defensa suya esa estacada; y al llegar el día del combate se puso en medio de ella bajo el cimborio encarnado de los califas que estaba sostenido por un elefante. Cogió el libro santo de Otmán que llevaba en un camello enjaezado de oro y seda, vistió el albornoz negro de Abdelmumen, primer emir de los almohades, ciñó su más rico alfanje, se sentó en su escudo al lado de su caballo, y rodeado de cadíes y alfaquíes empezó á leer en alta voz las páginas en que el Profeta promete la vida y la bienaventuranza eterna á los que mueran por él en los campos de batalla (1). Mohamed estaba por todas partes bien defendido, y no creía que debiese llegar á desnudar la espada. Detrás de los negros y de la gente de á pié, metida dentro de la estacada, tenía aún escuadrados sus mejores caballeros según el arzobispo D. Rodrigo. ¿De qué le sirvió, empero, tanta gente armada?

Empezó la batalla apenas brillaron los primeros rayos del

(1) Algunos de estos pormenores nos han sido dados por el mismo D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, en cuya relación leemos: Agareni vero in summitate quadam præsidium instar atrii firmaverunt de seriniis sagittarum, infra quod erant præcipui peditum collocati, ibidemque rex eorum recedit habens juxta se ensem, inducens cappam nigram quæ fuerat Abdelmumi, qui fuit principium Almohadum, et librum etiam sectæ nefariæ Mahometi, qui dicitur Alchoranus, etc.

sol. Resonaron de pronto en todo el campo gritos de guerra que despertaron el eco de los más lejanos cerros, y vinieron á las manos los ejércitos. D. Diego López de Haro, que estaba al frente de la primera haz, se dejó caer con ímpetu sobre los motawatynes que estaban en la vertiente de un monte poblado de arboleda, trepó por la falda, llegó hasta ellos, y peleó sin retroceder un paso á pesar de ver contra sí millares de lanzas y numeroso el enemigo. Estaba ya desde el principio del combate ayudado por otras haces de Castilla y la primera de Aragón capitaneada por D. García; y aunque veía firmes y denodados á los motawatynes, insistió en el avance, y peleando y acalorando en cuanto cabía á sus soldados, forcejaba por romper aquel frente formidable. Mas eran muchos y valientes los motawatynes: inmóviles contra todo ataque como las rocas contra las olas del Océano, lograron cansar é infundir espanto á los enemigos; y todo el valor de Haro y todo el denuedo de García no pudieron impedir que muchos cristianos abandonasen las banderas de sus concejos, dejando en confusión á sus caudillos y con no escaso aliento á los infieles. Acababan de juntarse con los primeros combatientes todas las demás haces de Castilla y Aragón menos la del rey D. Alfonso; pero ni aun estas pudieron contener aquella fuga precipitada que puso en tanto riesgo la suerte del combate. Eran los fugitivos por lo más gente poco acostumbrada á los azares de la guerra; y al ver la imperturbable tenacidad de los motawatynes creían ver asestadas contra sus cuellos las lanzas enemigas.

Desesperó entonces Alfonso de la batalla; mas no desfalleció. «Muramos aquí yo y vos,» dijo al arzobispo de Toledo; y como éste le contestase «no quiera Dios que aquí muráis: hoy venceréis á vuestros enemigos;» «acorramos á los de la primera haz, replicó, que muy grande es su afincamiento.» Salieron precipitadamente de su comitiva Gonzalo Rodríguez y sus hermanos; y fué tal el ardimiento que el Rey manifestó, que Fernando García, uno de sus mejores caballeros, se vió obligado á

trabar de la rienda á su caballo y á decirle: «id paso, señor, que acorrer avran los vuestros.» Veía el rey á los suyos en peligro, y no sabía permanecer tranquilo. «Muramos aquí yo y vos, repitió, buena nos es en este lugar la muerte;» y animado de nuevo por las palabras del arzobispo: «venceréis y no moriréis si á Dios place; si á Dios place que muráis, por vos y con vos moriremos todos,» puso en marcha su haz, dió de las espuelas á su caballo, y corrió como un león á arrojarse donde más arreciaba la pelea (1). Iba á defender su vida, su trono y la gloria de sus mayores; y fué tal el valor que desplegó y el aliento que logró infundir en el corazón de los más débiles, que decidió apenas llegó al campo la suerte de la batalla. Abriéronse paso las espadas cristianas entre las filas de los motawatynes, que abandonaron á poco el monte dejándolo cubierto de cadáveres; llegaron hasta los cerrados escuadrones de los almohades y de los árabes de España, hirieron y mataron á diestro y siniestro, y llenaron de terror á todo el ejército enemigo. Huyeron los cadíes y walíes españoles al verlas sobre sí; entró el mayor desaliento en todos los infieles; y volviendo los más las espaldas, desampararon vergonzosamente al emir, que estaba aún leyendo bajo su tienda encarnada el libro del Profeta.

Nó quedaba ya sino un valladar que romper á los cristianos.

(1) Ponemos las palabras que pronunció el rey y el arzobispo casi tales como las encontramos en la traducción al castellano del texto de D. Rodrigo. No creemos que esta traducción haya sido hecha por el mismo arzobispo, como pretenden muchos cronistas; porque no nos permite creerlo así la historia de nuestra lengua; pero no siendo aquella muy posterior á la redacción del original, nos ha parecido oportuno trasladarla casi enteramente para pintar con mayor verdad los sentimientos que animaron á Alfonso en esta batalla. El texto latino dice así: *Dixit omnibus audientibus pontifici toletano: Archiepiscopo, ego et vos hic moriamur. Qui respondit ei: Nequaquam, immo hic prævalebitis inimicis. Rex autem invictus animo: festinemus, inquit, primis succurrere in periculo constitutis... Tunc rex inquit iterum: — Hic, Archiepiscopo, moriamur; talis enim in tali articulo mors non dedecet. Et ille: — Si Deo placet, corona victoriæ, non mors insistat. Sin autem aliter Deo placuerit, vobis commori omnes communiter sumus parati. In his autem omnibus testificor coram Deo nobilis rex non mutavit vultum, nec gestum solitum, nec loquelam: immo viriliter, et constanter, ut leo imperterritus, aut mori, aut vincere firmus erat...*

Los soldados que circuían á Mohamed eran muchos y bravos: habían templado sus lanzas en la sangre de los más fieros africanos, y se hacían verdaderamente temibles. Mas nada pudo su antiguo valor ni su fiereza contra el ímpetu irresistible de nuestros reyes, que tendidos sobre la crin de sus caballos, fueron alanceándolos mortalmente y disparando contra ellos todo el cuerpo del ejército, ya decidido á morir antes que volver atrás un paso. Nuestros mejores soldados viendo á los negros tenaces en defender sus puestos, volvieron contra ellos las grupas de sus caballos cubiertas todas de hierro, y logrando así romper la línea de batalla, pasaron sobre los cuerpos de los vencidos hasta la estacada, que es fama que fué rota á hachazos por Sancho de Navarra.

Mohamed sentía en tanto cerca de sí el estruendo de la pelea; pero seguía aún inmóvil sobre su escudo. Estaba tranquilo, y no parecía sino que aguardaba con resignación ver caer la espada de Alfonso sobre su cabeza. Pero se le acerca un árabe montado en una hermosa yegua cuando están ya espirando los negros bajo las plantas de los caballos de los cristianos; y «¿hasta cuándo has de estar ahí sentado é inmóvil? exclama: cumpliése el decreto de Dios; está obedecida su voluntad y fueron ya los Musulmanes.» Levántase entonces Mohamed y quiere montar el famoso alazán que está á su lado; pero le detiene el árabe apeándose de la yegua, y «cabalga en esta doncella, le dice: ¡así quiera Dios mantenerte sobre su lomo! depende de tu salvación la del Imperio.» Acepta Mohamed, monta en la yegua del árabe y el árabe en el caballo del emir mientras están tal vez sintiendo caer á hachazos la estacada; parten entrambos seguidos de un escuadrón de negros, y corren acosados por la caballería enemiga hasta llegar á Baeza. «¿Qué hemos de hacer?» le preguntan consternados los moros de esta ciudad; mas él, turbado, no acierta á responderles sino «ni consejos tengo para mí mismo: ¡Alá sea con nosotros!» Muda de caballo y sale al instante para Jaén, donde llega aquella misma noche.

Seguían aún peleando los cristianos cuando partió el emir, y tuvieron que pelear todavía gran rato para desalojar á cuantos había dentro y fuera de la estacada. No querían dejar los infieles aquel último baluarte; y aunque caían muertos como las espigas bajo la hoz del segador, se levantaban siempre más terribles sobre los cadáveres de sus hermanos, y defendían paso á paso la tienda del Califato. Mas debieron sucumbir al fin al número y al valor de sus enemigos; cansados ya de lidiar, faltos de aliento, buscaron la vida en la fuga, y dejaron todo el campo á merced de los ejércitos cristianos, que esparcidos ya por todas las Navas, iban siguiendo el alcance á los dispersos derribándolos acá y acullá á los botes de su lanza y haciendo espirar á los heridos bajo las herraduras de sus intrépidos caballos.

Fué entonces tremenda la matanza que hicieron los cruzados en los moros. Los heraldos de Alfonso iban aún repitiendo desde el principio de la refriega: «no hay cuartel para los cautivos: el que traiga un prisionero muere con él;» y se perseguía sin piedad á los fugitivos como fieras que infestan las campiñas. Llenóse el campo de muertos, llegando á ser tantos en número, que, según D. Rodrigo, no podía pasar la hueste del rey por encima de ellos sino con peligro á pesar de los muy buenos caballos que traían. Estaban los más degollados y bárbaramente despedazados; y había de causar horror verlos tendidos en número de doscientos mil en aquel vasto espacio.

Sonaron pronto, sin embargo, voces de alegría en medio de aquel recinto de la desolación y de la muerte. El arzobispo de Toledo, al ver ya la corona del triunfo sobre los estandartes castellanos, levantó la voz y dijo al rey Alfonso: «acordaos de que la gracia de Dios acaba de suplir cuanto os faltaba y de apartar de vos la afrenta que permitió algún día: acordaos también de vuestros soldados con cuya ayuda habéis llegado á alcanzar tan grande gloria.» Y alzando luégo la frente al cielo él y los obispos que con él estaban, entonaron con lágrimas en los ojos el

Te-Deum laudamus, cánticos á cuyos ecos les pareció que se abría el firmamento. Regocijóse toda la hueste al oír ese himno de alabanza, y vivos alaridos de gozo sucedieron á los gritos de guerra que sonaban aún á lo lejos en boca de los que seguían el alcance á los vencidos.

Eran verdaderamente momentos de júbilo para el ejército cristiano. Acababa de vencer á un enemigo poderoso, acababa de destruir el poder de los que amenazaban invadir la Europa y anegar en sangre los altares de Jesucristo, acababa de salvar su libertad, su religión, su patria. Se había visto por dos veces en aquel anchuroso palenque con un pié en el abismo, y por dos veces había pasado vencedor al través de las armas enemigas. Un humilde montañés le había arrancado de la muerte en el paso de la Losa; y, según los mismos que presenciaron el combate, había sido principalmente la cruz del arzobispo de Toledo la que en los instantes de mayor peligro había decidido en favor suyo la victoria. Esta cruz, dice el mismo arzobispo, pasó por todas las haces de los moros sin ser nunca abatida ni herido ninguno de cuantos peleaban á su sombra; con esta cruz, dice el rey Alfonso, cortó Dios la cabeza á una gran muchedumbre de enemigos. Cuando se recorrió el campo después de la batalla halláronse en la estacada del emir, añade D. Rodrigo, muchos moros muertos de grande estado y desmesurada estatura; y á pesar de ser tantos en número y estar todos desnudos y hechos pedazos, no se encontró en la tierra mancha de sangre, cosa que fué gran maravilla (1). Con tan señalada victoria debía

(1) Erant autem Agareni, qui supra prædictum atrium inventi sunt, statura proceri, pinguedine dilatati... Et quod mirabili est dictu, licet jacerent in omnibus partibus corporis detruncati, et jam á pauperibus spoliati, in tanto campo nec signum sanguinis poterat inveniri. Quibus peractis, nostri gratiæ Dei terminum nolentes imponere, per omnes partes usque ad noctem eos infatigabiliter sunt secuti, et secundum existimationem creduntur circiter bis centum millia interfecta. De nostris autem vix defuere viginti quinque (ROD. TOLET., *de Reb. Hisp.*, 1. 8.º, c. 10). Estas últimas palabras nos dan lugar á decir algo sobre el número de cristianos que murieron en la batalla. La opinión común es que sólo fueron veinte y cinco; mas ¿no sería fácil colegir de las palabras del arzobispo que fueron veinte y cinco mil? Así lo cree Romey, y así quisiéramos poderlo creer nosotros;

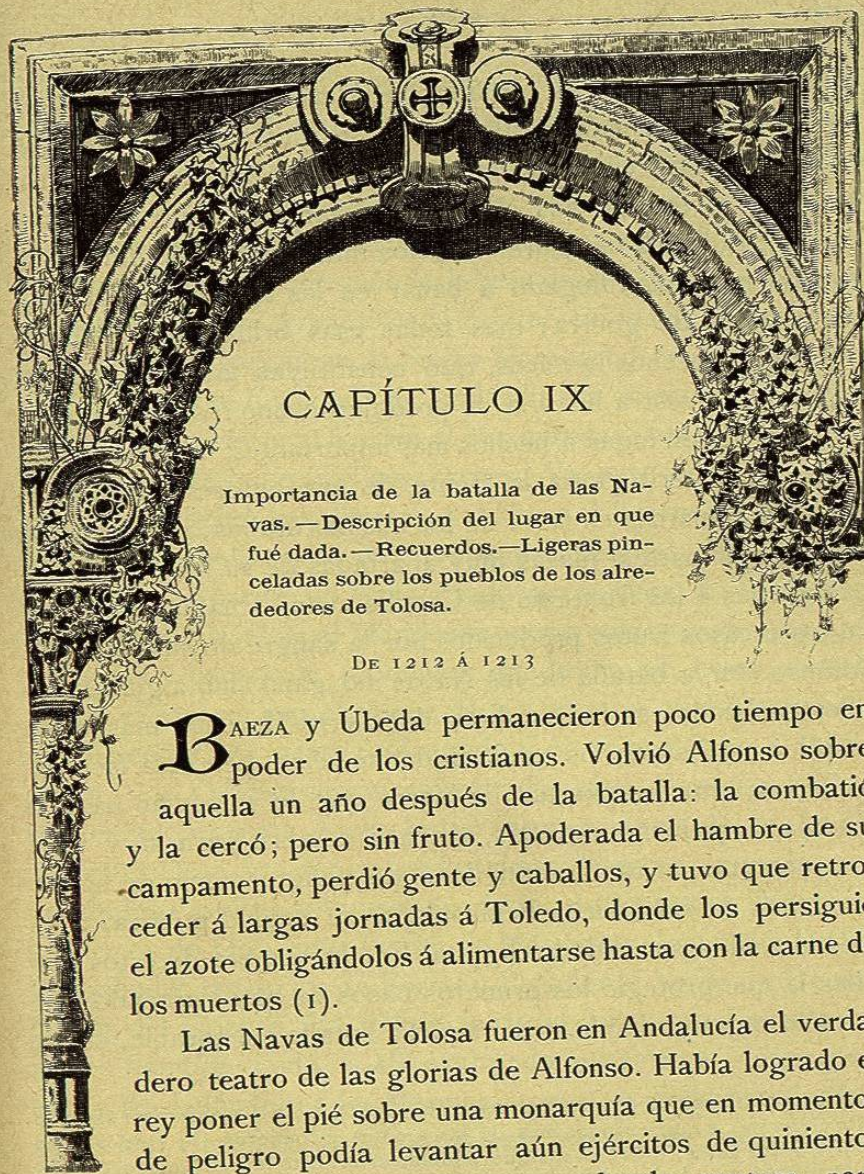
naturalmente el vencedor rebosar de placer y oír con entusiasmo el canto pronunciado en alabanza y honra de su Dios.

Era además esta batalla de inmensos resultados. Franqueaba á los reyes cristianos las puertas de Andalucía, hasta entonces abiertas sólo momentáneamente por las discordias de los árabes; preparaba las gloriosas campañas de San Fernando, cuyas armas reflejó el Guadalquivir desde Segura hasta el Océano, y daba ya lugar á prever los triunfos de los reyes católicos, á quienes cupo arrojar con su espada al último rey moro. Sierra-Morena estaba ya vencida y el reino de Andalucía sin murallas. Cayeron dos días después del combate en poder de los cristianos los castillos de Bilches, Baños, Castro Ferral y Tolosa; y fueron desde luego estas fortalezas, enriscadas en las cumbres, el nido de las águilas que habían de apresar el Mediodía y desgarrar el rico manto de gloria de los últimos monarcas musulmanes. Estos castillos, que no pudieron recobrar los infieles, fueron contra estos una amenaza continua: los cristianos tuvieron desde entonces un pié puesto en esa tierra de Andalucía. En vano los combatieron dos meses después de la batalla los walíes almohades de Jaén, Córdoba y Granada; en vano cercaron á Bilches y pelearon contra él dos días con dos noches; en vano echaron el resto de su valor para la reconquista de sus fronteras; cayeron sobre ellos los toledanos en-

mas hay textos de autores tan dignos de fe como el mismo D. Rodrigo que evidentemente nos lo impiden. El rey D. Alfonso, en la carta que escribió al Papa refiriéndole esta batalla, no solo dijo terminantemente que fueron sólo veinte y cinco los muertos, sino que aun cuando hubiera hablado sobre este punto con vaguedad, nos hubiera dado lugar á pensar lo mismo por las exclamaciones de admiración y de alegría con que refirió esta noticia. Atribuyó el hecho á milagro, y no hubiera sido por cierto cosa milagrosa que hubiesen muerto veinte y cinco mil cristianos. Hubiera sido aún así ocho veces mayor el número de los infieles que perecieron; pero ¿qué hubiera tenido esto de particular, sabiendo como sabemos que quedó enteramente disperso el ejército enemigo, que se le siguió el alcance hasta la noche, y que no tenía ni la mitad de la caballería que contaba el ejército cristiano? Por más que repugne á la fría razón de los hombres de estos tiempos la notable desigualdad que se supone entre los muertos de uno y otro bando, preciso es confesar que no tenemos otras armas con que combatirla que las del escepticismo.

viados por Alfonso á cargo de los hermanos Gonzalo y Martín Núñez, y juntos con las compañías de Madrid y Huete, los derrotaron, se internaron tras ellos por el suelo de Jaén, y no volvieron á la Sierra hasta haber hecho sentir sobre el país enemigo el peso de sus armas.

Y no fueron sólo estos castillos los que ganaron los reyes después del combate de las Navas. Pasaron de Bilches á Baeza, ciudad ya desamparada por los árabes, cuya mezquita quemaron sin perdonar á los desgraciados que habían creído encontrar en ella un asilo contra los vencedores, se adelantaron hasta Úbeda, la sitiaron, la asaltaron, y aunque fueron al principio rechazados, mostraron tal valor y tuvo tal intrepidez un escudero del aragonés D. Lope de Luna, soldado que se atrevió á trepar hasta el adarve, que aturdidos los cercados, les ofrecieron pagarles un millón de doblas de oro si les dejaban en libertad la villa. No se dieron aún por satisfechos con esta capitulación, á la que se opusieron en nombre del Papa los arzobispos de Toledo y Narbona; siguieron con sus asaltos, entraron por fuerza en la villa, la derribaron, la asolaron é hicieron cautivos á cuantos pudieron escapar de la lanza de los soldados. El ardor del ejército era grande y habría pasado sobre las ruinas de las más poderosas ciudades á fin de menoscabar el reino de los infieles. Mas hubo causas graves que atajaron su conquista y le obligaron á retroceder hacia Castilla.



CAPÍTULO IX

Importancia de la batalla de las Navas. — Descripción del lugar en que fué dada. — Recuerdos. — Ligeras pinceladas sobre los pueblos de los alrededores de Tolosa.

DE 1212 Á 1213

BAEZA y Úbeda permanecieron poco tiempo en poder de los cristianos. Volvió Alfonso sobre aquella un año después de la batalla: la combatió y la cercó; pero sin fruto. Apoderada el hambre de su campamento, perdió gente y caballos, y tuvo que retroceder á largas jornadas á Toledo, donde los persiguió el azote obligándolos á alimentarse hasta con la carne de los muertos (1).

Las Navas de Tolosa fueron en Andalucía el verdadero teatro de las glorias de Alfonso. Había logrado el rey poner el pié sobre una monarquía que en momentos de peligro podía levantar aún ejércitos de quinientos mil combatientes; y era ya sobrada ventura para un hombre que pocos años antes apenas había podido es-

(1) Los Anales primeros de Toledo explican circunstanciadamente este hecho. «Esto fué en noviembre, dicen, é duraron tres semanas de jaderno sobre Baeza, é non la prisieron, é murieron y caballos, é mulos, é mulas, é asnos, é comieron las gientes, é despues murieron las gientes de fambre. E fué hora que costó el almud